

Cómo enseñar mejor la Palabra de Dios a los niños

**por *Tía Margarita*
Kerstin Anderas-Lundquist**

Contenido

- Capítulo 1.** El niño y el evangelio
- Capítulo 2.** La enseñanza empieza en el hogar
- Capítulo 3.** Características de un buen maestro
- Capítulo 4.** El maestro y su mensaje
- Capítulo 5.** Cómo preparar una buena lección
- Capítulo 6.** Las herramientas del buen maestro
- Capítulo 7.** Cómo aprende el alumno
- Capítulo 8.** Del corazón del maestro al corazón del alumno
- Capítulo 9.** El alumno como un individuo especial
- Capítulo 10.** Sirviendo como al Señor

©2013 *hermanamargarita.com*

Esta obra fue publicada por primera vez en Huancayo, Perú, en 1970.

La cuarta versión, revisada y ampliada se publicó en Cochabamba, Bolivia, en 1988.

Versión renovada, publicada en Internet, en 2011. Revisada 2013.

Sólo para uso personal y en la iglesia. No se otorga permiso para uso con fines comerciales

Introducción

L

os niños son el tesoro más precioso que posee nuestro mundo. En ellos descansa la promesa del mañana, la esperanza de los días por venir. Si sabemos aprovechar bien los recursos que sus vidas ofrecen, habremos contribuido en algo a edificar un mundo mejor.

Dios ha puesto en mi corazón el ardiente deseo de inspirar a maestros de niños a que sirvan al Señor con toda dedicación. Él ha derramado su amor en nuestro corazón, un amor que debe fluir de nuestra vida a las personas que nos rodean. En la tarea de enseñar la Palabra podemos contar con el poder del Espíritu Santo. Si nuestro corazón desborda de amor y enseñamos en el poder del Espíritu, veremos vidas transformadas.

Estoy convencida de que los niños necesitan, y pueden, ser salvos, y soy testimonio vivo de ello. Acepté al Señor a la edad de seis años, y a los nueve años fui bautizada en agua y recibí el bautismo del Espíritu Santo. Un año después Dios me llamó para el servicio en su obra, y desde los doce años de edad he estado dedicada al ministerio de niños.

Publiqué este manual de enseñanza por primera vez en Perú, en los primeros años de mi ministerio. Cuando Dios me llevó a Bolivia lo publicamos en Editorial «El Evangelista». Doy gracias a Dios que ahora, mediante la Internet, lo puedo poner a disposición de quienes quieran usarlo.

Mi oración a Dios es que mediante las páginas de este libro usted sienta la motivación y el impulso de trabajar con más amor y entusiasmo en la viña del Señor. Si Jesús dijo a sus discípulos que alzarán la mirada para ver los campos maduros para la siega, ¡cuánto más debemos hacerlo hoy! Jesús viene pronto a llevarnos al hogar celestial. Que nos halle ocupados en sus negocios.

Este libro es una recopilación de experiencias ganadas durante mis años de trabajo entre niños. Muchas de las ideas se las debo a maestros y colegas que me inspiraron a través de seminarios y libros. Espero que usted se contagie con el entusiasmo de ganar niños para Cristo y que pueda entusiasmar a otros.

Bendiciones en Cristo,

Tía Margarita

Kerstin Anderas-Lundquist

kelund @ kelund.com

Dedicatoria

Dedico esta pequeña obra a todos los fieles maestros que semana tras semana ofrecen tiempo y esfuerzo desinteresado para que muchos niños y niñas conozcan personalmente a Jesucristo.

Capítulo 1

El niño y el evangelio

Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeños. -Mateo 18:14

A

riel, un niño de seis años de edad, era travieso y juguetón, como la mayoría de los niños de esa edad que están despertando a la vida. Él y sus hermanos asistían fielmente a la escuela dominical.

Cierto domingo, la maestra hizo una invitación a los niños que desearan entregarse al Señor y Ariel tomó la decisión de seguir a Cristo. Al llegar a su casa, fue corriendo a la cocina para contárselo a su mamá. Sus ojitos de niño travieso, brillaron cuando dijo: «Mamita, hoy entregué mi corazón a Jesús y me siento feliz. Tú debes hacer lo mismo.»

Durante muchos años la mamá de Ariel se había opuesto al evangelio; pero no pudo resistir la franqueza de su hijito, ni la felicidad que vio dibujada en el rostro del pequeño. Las sencillas palabras que acababa de escuchar fueron el empuje que ella necesitaba. Esa misma noche asistió a la iglesia y aceptó al Señor Jesús como su Salvador.

Este ejemplo nos muestra lo que sucede cuando un niño acepta el mensaje del evangelio.

«La ofensa más grande que podemos hacer a cualquier niño, es dejar de darle el evangelio.» J. I. Overholtzer, Alianza pro Evangelización del Niño

«Mirad, que no menospreciéis a uno de estos pequeños», advirtió Jesús a sus discípulos, aquella vez que les habló sobre quién es el más grande en el reino de los cielos (véase Mateo 18:1-4,10).

Nuestro Señor Jesús ama y valora a los niños y su deseo es que nosotros hagamos lo mismo. El evangelio no es monopolio de la gente adulta sino que es un privilegio que pueden gozar también los niños. El ejemplo de Ariel nos muestra que ellos pueden ser salvos y que pueden también anunciar a los demás el mensaje del amor de Dios.

Antes de volver al cielo, Jesús les dejó a sus seguidores una orden bien clara en cuanto a la evangelización: «*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura*» (Marcos 16:15). Al decir «*toda criatura*», nuestro Maestro incluía también a los niños. Desde el momento en que ellos tienen uso de razón, son pecadores y necesitan al Salvador. Lamentablemente, sucede lo mismo hoy como cuando Jesús caminaba por las sendas polvorientas de Palestina. Muchos de los seguidores del Señor menosprecian a los niños y no les dan la debida importancia.

En cierta oportunidad, los discípulos reprendieron a los que trajeron a sus niños para que Jesús orase por ellos. Esto indignó a Jesús, pues Él deseaba que ellos supieran que su venida al mundo no era solamente para salvar a los adultos sino también para ofrecer vida eterna a los niños.

Le presentaban niños para que los tocara, pero los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó y les dijo: *«Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él»* (Marcos 10:13-15).

Ganar a un niño para Cristo es de gran valor, pues representa una vida completa que puede brillar para Jesús. Me gusta ilustrar esto con cuatro velas de distintos tamaños. La más pequeña representa a un anciano, a quien no le queda mucho tiempo para brillar. Las otras dos, un poco más grandes, representan a un adulto y a un joven. La vela más grande representa a un niño, a quien le queda toda la vida para ser una «luz» que brille para Jesús.



Se hizo el siguiente comentario luego de un culto, en el cual se entregaron al Señor dos niños y un adulto: «Dos almas y media aceptaron a Cristo.» Efectivamente, el ganar a un niño, representa el valor total de una vida. No sólo se rescata un alma de la perdición, sino se salva una vida para el servicio de Jesucristo.

Los niños necesitan, y pueden, ser salvos

Una maestra de escuela dominical fue de visita al hogar de uno de sus alumnos que había aceptado al Señor. Salió a la puerta un fornido hombre, preguntándole lo que deseaba.

–Vine para hablarle de su hijo –dijo la maestra–. Él recibió a Jesús como su Salvador.

–Mi hijo es muy chico para esas cosas –respondió el hombre–. No sabía lo que estaba haciendo.

En ese momento, el niño asomó su cabecita entre las gigantescas piernas de su papá, y dijo:

–No, papito, no soy muy chico. Yo sabía lo que estaba haciendo. Recibí a Jesús en mi corazón y estoy muy contento.

A eso, no había nada que agregar. El niño estaba decidido y su papá recibió a la maestra como a una amiga de la familia.

Desde el momento que un niño tiene uso de razón y puede distinguir entre el bien y el mal, ya es pecador y necesita ser salvo. Eso no quiere decir que es un «gran pecador», pero sí es pecador. Personalmente, doy testimonio de que un niño puede ser salvo. Por mi propia voluntad, y con la convicción de que era pecadora, acepté al Señor a la edad de seis años, y . . . ¡qué nadie venga a decirme que no sabía lo que estaba haciendo! Lo sabía muy bien.

Tratándose de los pequeños, se oye decir a menudo: «Es solamente un niño.» Mas bien debiera decirse: «¡ES UN NIÑO!» ¡Qué mayor potencialidad se puede hallar para el servicio a Dios!

Jesús vino para salvar los perdidos

Analizando el pasaje en Mateo 18:1-14, podemos notar varios aspectos interesantes en cuanto a Jesús y los niños.

Los discípulos tenían un problema. No sabían cuál de ellos era el mayor en el reino de los cielos. Jesús resolvió el asunto llamando a un niño y colocándolo entre ellos como ejemplo. Veamos algunos puntos resaltantes:

1. Para entrar en el reino de los cielos hay que ser humilde como un niño (v. 3).
2. El que se humilla como un niño, es el mayor en el reino de los cielos (v. 4).
3. El que recibe a un niño en el nombre de Jesús, recibe al Señor Jesucristo (v. 5).
4. Cualquiera que hace tropezar a un niño que CREE EN JESÚS, mejor le fuera ser hundido en lo profundo del mar (v. 6).
5. No menospreciamos a los niños, porque tienen sus ángeles en la presencia del Padre (v. 10).
6. Hablando de los niños, Jesús aseguró que había venido a salvar lo que se había perdido (v. 11).
7. Dios no quiere que ningún niño se pierda (v. 14).

Fíjese en estos tres aspectos resaltantes:

- Los niños pueden **CREER** en Jesús.
- Los niños pueden **PERDERSE**.
- Jesús vino para **SALVAR** a los niños.

Cuando Jesús habló del pastor y las ovejas tenía en mente también a los niños. Sin su amor, ellos están perdidos. A los maestros cristianos nos toca llevarlos de regreso al redil.

La evangelización de los niños es nuestro deber

«¡Ay de mí si no anunciare el evangelio! ... si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada» (1 Corintios 9:16-17).

El sentir del apóstol Pablo debe caracterizar a cada maestro cristiano. El encargo de predicar el evangelio nos ha sido dado por nuestro Señor, mas ¡ay de aquel que no lo cumpla!

Muchos de los niños de nuestro mundo del tercer milenio crecen rodeados de amargura y dolor. Nacen en medio de la violencia, sin esperanza de un mañana mejor. Solamente Jesucristo puede ofrecerles felicidad; pero si no les damos las buenas nuevas, ¿cómo hallarán el amor de Dios?

La última voluntad de Jesús se resume en la palabra: *¡Id!* Él no dijo que esperaríamos en nuestros templos para evangelizar a los que se asomaran a la puerta, sino nos dio la orden de salir y predicar.

Al llamar a sus seguidores, el Maestro no se sentó a orillas del Lago de Galilea, esperando que alguien se le acercara. No, Él caminó entre las barcas de pesca, conversando con los pescadores; llamándolos para que lo siguieran. De ese modo se encontró con Pedro y Andrés, Juan y Jacobo, Bartolomé y Felipe, Tomás, Judas y Mateo, y con todos los demás que lo siguieron.

«Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mateo 9:35).

No tenemos que ir muy lejos para encontrar a un niño a quien evangelizar. Los niños están en todas partes: en las calles, en los patios de las casas, en las plazas, en los parques, en las escuelas, y en tantos otros lugares.

La escuela dominical es uno de los muchos medios que usamos para llevarles el evangelio a los niños; pero hay muchas otras posibilidades. Se pueden organizar reuniones en los hogares –¿por qué no en su casa?–, en los parques, en las esquinas de las calles –pero, ¡cuidado con el tráfico!–, en una barca o en un ómnibus; en fin... ¡en cualquier lugar donde haya niños!

También se pueden promocionar programas radiales y televisados para niños. Usted pudiera pedir permiso para ir a las escuelas llevando el mensaje del evangelio o ir de visita a la sección de niños en algún hospital. También pudiera visitar a los niños reclusos con sus padres en algún centro penal.

Durante mis primeros años de labor entre los niños tuve el privilegio de participar en la fundación de una iglesia. Mis padres, que eran misioneros, alquilaron un salón para cultos, e invitaron a chicos y a grandes; pero muy pocos se atrevieron a entrar. ¿Qué hicimos entonces? Pues, salimos a la calle para realizar los cultos y la escuela dominical. También hicimos reuniones en el mercado del barrio.

Poco a poco fuimos ganando la confianza de la gente y en especial de los niños. Nunca olvidaré aquel feliz domingo cuando las bancas de nuestro salón de cultos se llenaron de inquietos chiquillos. Como pajaritos hambrientos recibieron la enseñanza que les dimos. A los pocos meses nuestra escuela dominical contaba con unos doscientos asistentes. Ese primer esfuerzo dio como fruto la fundación de varias iglesias, un instituto bíblico, un albergue para niños huérfanos, un comedor infantil y muchas otras obras. Todo ello fue gracias a haber salido fuera de las cuatro paredes de la iglesia.

Llevar el evangelio a «cada criatura» es nuestro gran deber. Si los niños no vienen a nuestros templos tenemos que salir en busca de ellos, para darles el mensaje ¡allí donde estén! ¿Estamos dispuestos a ofrecer a nuestros niños del siglo veintiuno una esperanza feliz? ¿Deseamos trabajar para darles la oportunidad de ser salvos? Espero que así sea. ¡Les daremos el evangelio!

Capítulo 2

La enseñanza empieza en el hogar

Instruye al niño en su camino, y ni aun de viejo se apartará de él. -Proverbios 22:6

L

a guillotina estaba a punto de caer sobre un joven criminal. Cuando le concedieron un último favor, pidió que trajeran a su madre. «Toda mi desgracia se la debo a esta mujer –dijo el criminal–. Cuando yo era niño y hacía algo malo, ella nunca me corregía. Si robaba alguna cosa, ella no me decía que no debiera hacerlo; es más, muchas veces llevaba cosas robadas a casa y ella las recibía con gusto. Así fui descendiendo en el camino del mal, hasta llegar al crimen; y a este patíbulo.»

En un arrebato de ira el joven se arrojó sobre su anciana madre y la hirió en el rostro. Al verla sangrante, la multitud trató de linchar al miserable; pero ¿hasta dónde tenía razón en lo que había expresado?

Los primeros maestros

Toda enseñanza, sea buena o mala, empieza en el hogar. Los padres son los primeros maestros de sus hijos. Así ha sido desde los días de Adán y Eva, y así seguirá. Los padres no pueden eludir esa responsabilidad. Lamentablemente, no toda enseñanza que ellos dan a sus hijos es buena.

Hay niños que llegan a este mundo en medio de condiciones muy tristes. Sus padres viven drogados o en la delincuencia y, muchas veces, no desean los niños que procrean. Para aquellos pequeños no hay esperanza de que aprendan algo bueno.

Otros niños nacen bajo un techo de paz y armonía. Sus padres les dan una calurosa bienvenida al mundo y desde un principio reciben una base sólida para la vida.

Privilegio y responsabilidad

En el primer libro de la Biblia encontramos una declaración muy hermosa acerca de un padre responsable. Dios mismo expresó su agrado:

«Pues yo sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él» (Génesis 18:19).

Ser padre o madre es un gran privilegio; pero también una gran responsabilidad. Para los padres creyentes, lo más sublime es enseñar a los hijos los caminos de Dios.

Nunca olvidaré la alegría que sentí cuando mis hijas eran pequeñas y les enseñé a dar los primeros pasos por el sendero de la vida eterna. ¡Ese fue mi privilegio como madre cristiana!

No es sólo un privilegio, sino es una ordenanza. Por medio de Moisés Dios dijo cuándo se debía enseñar a los hijos (véase Deuteronomio 11:18-20).

- cuando te sientes en tu casa
- cuando andes por el camino
- cuando te acuestes
- cuando te levantes

Como muchos padres no cumplen con su responsabilidad, los maestros cristianos asumen esta obligación. No es lo ideal, porque nuestro Creador dispuso que los padres enseñen a sus hijos los mandamientos del Señor; pero es maravilloso que haya maestros cristianos.

El descuido de la buena enseñanza en el hogar repercute en la deplorable condición de la sociedad actual. Muchos niños, que debieran crecer como hermosas plantas bien cuidadas en el jardín del hogar, se desarrollan como si fueran mala hierba. Con razón hay tanta tragedia en nuestro mundo.

Madre y abuela ejemplares

El joven Timoteo, en los tiempos bíblicos, tuvo el privilegio de aprender en su hogar las Escrituras. Tanto su madre como su abuela fueron sus fieles maestras. Cumplieron una gran tarea al criar a un futuro siervo de Dios (véase 2 Timoteo 1:5; 3:14-17).

Tuve el privilegio de enseñar a mis hijas la Palabra de Dios. Ahora soy abuela, y enseño a mis nietos acerca de la Biblia. Un día conversamos largamente acerca del cielo y cómo será cuando Cristo venga en las nubes a llevarnos a nuestro hogar celestial. Me encanta enseñar la palabra del Señor a mis nietos.

Si eres padre, cumple la responsabilidad de ser maestro de tus hijos; haz de tu hogar un pedacito de cielo en la tierra. Si eres abuela o abuelo, enseña a tus nietos la Biblia. Si eres maestro, enseña la Palabra de Dios con amor y dedicación, especialmente a los niños que no tienen padres cristianos.

La escuela dominical

Un excelente medio para impartir enseñanza cristiana es la escuela dominical. Cientos de miles de niños se reúnen semanalmente en las escuelas dominicales alrededor del mundo. Si todos se tomaran de la mano podrían hacer una ronda alrededor de nuestro globo. Esto parece una cantidad fabulosa; sin embargo, la mayor parte de los niños de nuestro mundo no conocen a nuestro buen Salvador.

Un periodista inglés, Roberto Raikes, tomó la iniciativa de fundar esta «escuela», mundialmente conocida y amada. Vivió en los tiempos de la revolución industrial, cuando abundaban la pobreza, la violencia, los vicios, y los crímenes. Valiéndose del periodismo, trabajó durante muchos años para despertar conciencia social; pero su labor no produjo los resultados que esperaba. Su gran interrogante era: ¿cómo prevenir los crímenes?

Por las calles de la ciudad de Gloucester ambulaban los domingos miles de niños que jugaban, peleaban, y maldecían. Durante los días de semana trabajaban en las fábricas; pero no tenían actividad específica los domingos, y los pasaban en la calle. Por lo general, sus padres llevaban una vida mala, y para aquellos niños no había esperanza de gozar de algo mejor. Roberto Raikes decidió ayudarles dándoles educación.

Catecismo y lectura

Raikes comenzó su primera escuela dominical en la cocina de una casucha en el «Callejón de Hollín» y puso como meta enseñar a los niños el catecismo y la lectura, usando la Biblia como libro de texto. Las clases duraban de 10 a 12 en la mañana y de 1 a 5 en la tarde, y el único requisito para asistir era presentarse bien peinado y con las manos y la cara limpias. Muchos niños vestían harapos y Raikes hacía todo lo posible por ofrecerles mejor vestimenta.

Trabajó durante tres años sin dar publicidad a su labor experimental. Su deseo era reformar la sociedad, educando a los niños trabajadores, a los cuales la iglesia no daba la debida importancia.

Resultados asombrosos

Pasados los tres años, comenzó a publicar los resultados. Fue alabado y criticado, lo mismo que generalmente sucede con cualquiera que desea realizar una obra especial. Sin embargo, en medio de los contratiempos, la bendición de Dios lo acompañaba y su idea fue difundiéndose por diferentes lugares de Inglaterra.

Antes de su muerte, ya había cuatrocientos mil niños inscritos en las diversas escuelas dominicales del país, y se formó la Asociación de Escuelas Dominicales. El objetivo de Raikes fue llevar el evangelio a los niños que vivían sin esperanza y sin Dios, aquellos niños cuyos padres no les daban ni educación ni amor.

Como hemos visto, la mayoría de los padres no cumplen su responsabilidad de enseñar la Palabra de Dios a sus hijos. Por tanto, maestro cristiano, sigue las pisadas de Raikes, con la visión de ganar a los niños perdidos para Cristo. Busca a los «desamparados» que no conocen amor. Más allá de las puertas del hogar enseña la Palabra.

Capítulo 3

Características de un buen maestro

S *Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús. –Filipenses 2:5*

er maestro de la Palabra de Dios es el mayor privilegio que se puede gozar. Significa estar íntimamente vinculado al Maestro por Excelencia, nuestro Señor Jesucristo, ya que gran parte de su ministerio comprendía la enseñanza. Él delegó poder y autoridad a sus seguidores para que continuaran esa labor.

*Id por todo el mundo y predicad el evangelio
a toda criatura. –Marcos 16:15*

Maestro/a: Dios ha puesto sus ojos en usted, y ese deseo de enseñar que brota desde lo profundo de su ser es un llamado del Señor. Él necesita de usted para la educación de sus «joyas», los niños y las niñas que Él tanto ama. Sus inmortales vidas representan gran valor. Jesús murió por cada uno de ellos en la cruz. No derramó su preciosa sangre, en precio de rescate, solamente por los adultos. ¡No! Fue también por los niños.

La vida de un niño se puede comparar con una hoja de papel en blanco. Cada persona que pasa por su lado escribe algo en esa hoja. ¿Qué escribe usted en la vida de los niños y las niñas alrededor suyo? Dios lo llama para que sea un buen maestro y escriba cosas de valor eterno.

Al llamarlo para que sea maestro, Dios dispuso que usted ayude a otro ser humano a aprender. No importa cuán grande o cuán pequeño sea el grupo al cual enseñe, siempre estará centrado alrededor de tres factores: *el maestro, la lección, y el alumno*. Del mismo modo, también este libro. Deseo hablarle a usted como maestro; de sí mismo y de las cualidades que Dios espera ver desarrolladas en su vida. Quiero hablarle de las enseñanzas que impartirá a los niños y cómo hacerlo de una manera atractiva y efectiva. Luego le presentaré a los pequeños en sus diferentes fases de desarrollo.

Cada niño es único, un individuo original con características especiales. A usted le toca descubrir algo del potencial escondido dentro de cada uno de los traviesos cuerpiños.

Aquí nos concentraremos en algunas características del maestro, siguiendo el ejemplo del Maestro de maestros, nuestro amado Señor Jesucristo.

El maestro y su experiencia con Dios

No se puede compartir lo que uno no ha experimentado. Teóricamente el maestro puede explicar muchas cosas; pero sólo puede impactar la vida de sus alumnos cuando respalda la teoría con experiencias personales.

El maestro enseña la lección más poderosa mediante el ejemplo de una vida santa.

Para el maestro cristiano, el nuevo nacimiento es su primera y gran experiencia con Dios. Para enseñar la Palabra de Dios hay que ser salvo y lleno del Espíritu Santo. Necesitamos la llenura del Espíritu Santo para que las cosas del mundo no hallen cabida. El egoísmo, la envidia y la hipocresía tendrán que dar media vuelta a la puerta del corazón, pues, ya estará ocupado por el Espíritu del Señor.

El maestro que abre su vida al Señor producirá el fruto del Espíritu y podrá respaldar su enseñanza con experiencias de gran valor. Me duele decir que hay muchos maestros que enseñan la Biblia sin gozar de una relación personal con Dios. Son «ciegos guías de ciegos», como lo expresa Jesús en Mateo 15:14. Como resultado, tanto el maestro como sus alumnos caen en el hoyo.

El apóstol Pablo dijo: «**Yo sé a quién he creído**» (2 Timoteo 1:12). Esa firme fe en el Señor y su Palabra debe caracterizar a cada maestro; no sólo en la clase con sus alumnos, sino cada día y en cualquier situación o lugar. Jesucristo dijo que somos la luz del mundo y que debemos glorificar a Dios con nuestras buenas obras (Mateo 5:14-16).

¿Cómo es su relación personal con Dios? ¿Puede testificar de todo corazón que Jesucristo es su Salvador? ¿Goza usted del poder del Espíritu Santo en su vida? ¿Puede afirmar, sin lugar a duda que para usted «*el vivir es Cristo*» (Filipenses 1:21)?

La sinceridad del maestro

Verónica era una chiquilla observadora. En cierta oportunidad, al ser saludada con indiferencia por un adulto, dijo:

- Ese caballero no quiere a los niños.
- ¿Cómo lo sabes? -le pregunté.
- Lo vi en sus ojos cuando me saludó -respondió ella-. No eran cariñosos.

Efectivamente, ese hombre no quería a los niños. Como él, hay muchos en nuestro mundo. Gracias a Dios, hay otros tantos que aman a los niños con amor sincero.

La vida del maestro necesita ser transparente como la luz. Jesús fue sincero con sus seguidores; no hubo «*engaño en su boca*» (Isaías 53:9). Día tras día los discípulos compartieron con Él la abundancia y la escasez, la alegría y el dolor, la aclamación de los admiradores y las burlas de los enemigos. Ellos lo conocieron en la intimidad del hogar y entre grandes multitudes, y nunca lo vieron actuar con hipocresía.

Para guiar a un niño a Cristo usted tiene que llevar una vida santa y pura, sin engaño. Cada día necesita estar cerca al Señor, para escuchar hasta el más leve susurro de su amor. Sea donde fuera, y en cualquier circunstancia, debe mantener la cabeza en alto, para poder mirar a los ojos de sus alumnos sin sonrojarse o tener que bajar la vista. Sus hechos y sus palabras deben armonizar en una bella sinfonía que honre al Salvador, proclamando a cualquiera que desee prestar oído: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20).

La comunión diaria con Dios

Dijo un alumno:

«Primero llegué a amar **a mi maestro**; luego llegué a amar **la Biblia** de mi maestro; después llegué a amar **al Salvador** de mi maestro.»

¿No es eso lo que deseamos ver como resultado de nuestro esfuerzo? Ya lo creo, porque no hay mayor felicidad que guiar a un niño a los pies de Cristo.

Para llevar una vida ejemplar y fructífera es indispensable desarrollar una diaria e íntima comunión con Dios mediante la oración y el estudio de su Palabra. Mediante la oración el maestro habla con Dios. A través de la lectura de la Palabra el maestro «escucha» a Dios. Aparte un tiempo específico **cada día** para desarrollar una vida de comunión con Dios, preferiblemente en la mañana. Pida como el salmista: «*Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley*» (Salmo 119:18).

La oración es el medio por el cual podemos experimentar milagros en nuestra vida. Para el maestro es importante:

Orar **como** un niño
Orar **por** un niño
Orar **con** un niño

Jesús dijo que si no nos hacemos como niños no podremos entrar en el reino de los cielos (Mateo 18:3). Los niños son sinceros, humildes y dependientes, ya que todavía no han descubierto lo que en el mundo adulto es muy bien conocido: las dudas. Oremos a Dios con la sinceridad de un niño, dependiendo totalmente de Jesús, confiando en que Él nos dará la respuesta (véase 1 Juan 5:14-15).

No es suficiente orar «como un niño», sino necesitamos también **orar por los niños**. Ruegue a Dios por cada uno de sus alumnos, para que ellos puedan poner sus jóvenes vidas en las manos de nuestro poderoso Señor Jesús. Al ser constante en la oración por sus alumnos, usted, como maestro, no tardará en experimentar el gozo de orar con un niño. No hay mayor felicidad.

La comunión con los hermanos

Como hijo de Dios y maestro cristiano usted forma parte de una gran familia. Tiene hermanos en cada país del mundo. Es importante que aprenda a vivir en paz con ellos.

*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
que habiten los hermanos juntos en armonía! –Salmo 133:1*

Jesús enseñó que debemos amarnos unos a otros como Él amó a los suyos (Juan 15:12). El apóstol Pedro escribió que debemos amarnos «*entrañablemente, de corazón puro*» (1 Pedro 1:22). Nuestro amor unos por otros tiene que ser sincero, sin hipocresía. Debe manifestarse en respeto hacia quienes ejercen cargos de mayor responsabilidad, y también un trato noble de la persona más humilde.

Al maestro que ama fraternalmente le caracteriza un espíritu colaborador. Durante los años que he trabajado en la obra de la escuela dominical he podido observar diferentes tendencias. He visto a maestros que solamente buscan relucir, desempeñando sus cargos con el fin de ser aplaudidos. Otros, los fieles colaboradores, no le tuvieron miedo a la escoba; estuvieron siempre dispuestos a ayudar con cualquier cosa que se necesitara hacer. Los respeto grandemente, ya que demostraron el espíritu servicial característico de nuestro Señor Jesucristo. Él no vino al mundo para ser servido, sino para servir (véase Marcos 10:45).

El maestro servicial y colaborador se llevará bien con sus hermanos en la fe y ganará el respeto de sus alumnos, ya que verán en él (o ella) una persona que ama a los demás, como Jesús amó a los suyos.

Colega maestro: no trate de evadir responsabilidades, sino aproveche cada oportunidad que se le presente para ser de ayuda. De ese modo, usted contribuirá al desarrollo del amor fraternal: la buena comunión entre hermanos.

Buena presencia física

Es importante que como siervos de Dios presentemos un aspecto físico agradable; de fuerza, salud y vigor. Una presencia física descuidada no recomienda en buena forma al evangelio. Buena presencia física, voz agradable, vestimenta limpia, y cabellos bien peinados son características que dan «peso» al mensaje de Jesucristo. Él merece ser representado de la mejor manera posible.

¿Cómo piensa que reaccionan los niños ante un maestro raquítico, pálido, y anémico? ¿Qué impresión ofrece un maestro sano, vigoroso, y lleno del gozo de vivir? Dejo a su criterio decidir cuál de las descripciones honra al nombre de Dios.

Cristo Jesús vino al mundo para ofrecernos **vida**, y «vida en abundancia». No es mi propósito desanimarlo si usted está sufriendo físicamente; al contrario, quiero alentarle y decirle que Jesús es todopoderoso. Él llevó sobre su cuerpo, en el madero, no sólo el castigo por nuestros pecados, sino también cargó nuestras enfermedades y nuestros dolores, «*y por sus llagas fuimos nosotros curados*»(Isaías 53:5). Como hijo/a de Dios, usted goza de innumerables riquezas.

Póngase de rodillas, con la Biblia abierta y un lápiz en la mano. Lea y subraye todas las promesas de Dios, y luego, ¡recíbalas en su vida! Jesús desea que usted goce de una vida abundante y victoriosa. Los niños disfrutarán de las lecciones y respetarán el evangelio al ver a un maestro saludable y alegre.

El entusiasmo del maestro

Dios es el autor de toda energía y actividad. ¡Él es entusiasta! Si Dios caminara en los zapatos de un maestro no malgastaría el tiempo en cosas de poco valor, sino se esforzaría en cumplir bien cualquier tarea encomendada. ¿Cree usted que Dios estaba con pereza cuando creó el mundo? No, cada célula de su ser vibraba de energía. Por eso, «*todo lo hizo hermoso*» (Eclesiastés 3:11). Nuestro Dios, es un Dios de fuerza y actividad. El maestro cristiano necesita tener la misma disposición que la del Maestro de Galilea: entusiasmo y energía positiva.

La palabra *entusiasmo* significa «tener a Dios dentro». Cuando Cristo vive en mí, no hay circunstancia negativa que me pueda bajar el ánimo. Por supuesto, luchó a diario contra el enemigo; pero Jesús me hace «más que vencedor».

Un maestro amable, entusiasta y colaborador, producirá alumnos del mismo calibre. ¿Quisiera usted ser esa clase de maestro?

La influencia del maestro

Ante todo, Amelia deseaba ser como su maestra. Admiraba todo en ella. Su manera de vestir, su modo de caminar, el tono de su voz, su sonrisa, sus enseñanzas, y hasta el modo en que se sentaba. En todo lo que podía, trataba de imitarla. ¡Qué responsabilidad pesaba sobre aquella maestra!

El apóstol Pablo, gran predicador y maestro, pidió a los cristianos que lo imitaran (1 Corintios 4:16 y 11:1). ¿Cómo se atrevió a hacer tal cosa? Por la simple razón de que él a su vez imitaba a Cristo. Reconozca la influencia que la vida de usted como maestro ejerce sobre los alumnos. Ante ellos, usted es un representante de Cristo, y lo que ellos lo vean hacer, guiará, en gran parte, el destino de sus vidas. Trate de ejercer sobre ellos una influencia positiva.

El maestro enseña . . .
un poco mediante lo que dice.
algo más mediante lo que hace.
mucho mediante lo que es.

La vida y la personalidad del maestro es la lección más poderosa que se puede enseñar. No son en primer lugar las elocuentes palabras que influyen en el niño, sino la vida santa del instructor; una vida entregada de lleno al Señor Jesús. ¡Propóngase lograr ese impacto!

El deseo de aprender

Lo más importante en la vida del maestro no es enseñar sino aprender, y ¡aprender de Jesús! Por cierto, usted debe leer y estudiar buenos libros, conocer de pedagogía, y tratar de mejorar sus métodos de

enseñanza; pero lo primordial es que aprenda de Jesús mismo, por medio de una vida de íntima comunión con Él. Jesucristo es el Maestro por Excelencia y nadie nos puede enseñar mejor.

Para aprender hay que estudiar; en este caso, la Biblia. También es importante estudiar otra buena literatura. El conocimiento no es una carga pesada y el tiempo dedicado al estudio nunca es tiempo perdido. Estudie la Biblia a vuelo de pájaro, pero también detenidamente, versículo por versículo. Ambas maneras le servirán mucho. Leer a vuelo de pájaro es como subir a una montaña y contemplar un hermoso paisaje. Estudiar libro por libro, versículo por versículo, es como bajar al valle y observar los detalles del paisaje.

Algunas buenas herramientas para el estudio son: un diccionario de gramática castellana, un diccionario bíblico, y una concordancia bíblica. Estudie las costumbres de los tiempos bíblicos, la geografía y la historia de la Tierra Santa, y también la teología sistemática para que conozca a fondo las doctrinas básicas del evangelio. Cuanto más fundamentado esté en la Biblia, tanto mejor podrá enseñar.

La misión del maestro

La misión del maestro se halla resumida en los últimos versículos del Evangelio según Mateo: «*Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones...*» (Mateo 28:19-20).

Muchos niños han *escuchado* el evangelio, algunos han sido *enseñados*, pero muy pocos han sido **entrenados**. Hacer discípulos es la labor principal del maestro cristiano. No se contente con solamente ser maestro, sea también un entrenador. Prepare a sus alumnos para el servicio a Dios.

Fiel hasta el fin

No todo cristiano es apto para enseñar; no obstante, todo aquel que ha sido llamado por el Señor para enseñar debe desarrollar sus aptitudes y servir con fidelidad (1 Corintios 4:2).

El maestro cristiano es administrador de las preciosas joyas del Señor: ¡los niños! Él pudo haber elegido otros métodos para que conozcan la verdad, pero no lo hizo. Fue de su agrado escogernos a nosotros para este trabajo. Ahora, Él espera que seamos fieles. No por un día ni dos, no por unos meses o un año, sino ¡fieles siempre!

Con la ayuda del Gran Maestro usted podrá ser:

FIEL a Jesucristo

FIEL al mensaje (las lecciones que enseña)

FIEL a sus alumnos

FIEL a la iglesia (sus hermanos y colegas)

FIEL al llamado

FIEL hasta el fin (Apocalipsis 2:10)

Capítulo 4

El maestro y su mensaje

Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de éste crucificado. -1 Corintios 2:2, NVI

H

emos visto algunas características importantes en la vida de un buen maestro, aspectos fundamentales para que usted realice una labor útil.

Ser maestro de la Palabra de Dios no es lo mismo que ser profesor de matemáticas o geografía. Un maestro de matemáticas no tiene que preocuparse por «vivir» la matemática en su vida, ni el de geografía tiene que «vivir» la geografía; pero el maestro de la Palabra de Dios necesariamente tiene que **vivir el mensaje en su propia vida**. Esa es la gran diferencia entre el maestro secular y el que enseña la Palabra de Vida; una diferencia que presenta un gran desafío.

Pablo presentaba su mensaje con «**demostración del poder del Espíritu**» (véase 1 Corintios 2:1-2, 4-5). Sus palabras no eran huecas o vacías, sino que tenían poder, porque iban respaldadas por la autoridad divina. Nuestro mensaje a los niños tiene que ser expuesto de la misma manera.

Para ser útil, el maestro debe responder constantemente estas preguntas:

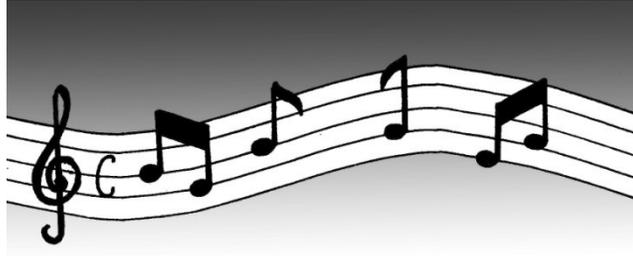
*¿Glorifico a Dios en mi vida?
¿Presento un mensaje cristocéntrico?
¿Enseño guiado por el poder del Espíritu Santo?*

Si usted no puede contestar con un fuerte «sí» a estas preguntas, no descance hasta que pueda hacerlo. Busque en oración el rostro de Dios, consagre su vida plenamente a Él, y viva para agradar en todo a Jesucristo.

Es indispensable que el mensaje concuerde con la vida de aquel que lo presenta, de lo contrario, pierde su valor y puede hacer más daño que bien. No se puede enseñar una cosa y vivir otra. De poderse, sí, se puede; pero tal enseñanza no resultará en frutos para vida eterna.

No se puede enseñar una cosa y vivir otra.

Tomemos un ejemplo del mundo musical. Seguramente usted ha visto un pentagrama con notas. Esas figuras, colocadas en su debido lugar –el pentagrama– y respaldadas por cierta clave, pueden formar una hermosa pieza musical. En desorden y sin clave, no tienen valor alguno.



La vida del maestro es la clave del mensaje. Obligadamente, tiene que respaldar sus enseñanzas con el ejemplo de su vida. Cuando yo tenía doce años de edad, entre las alumnas hubo un gran desacuerdo, en que se esfumó la armonía y la paz.

Una profesora trató de hacernos amistar a la fuerza, sin resultado positivo. Otra profesora, que amaba a Dios sobre todas las cosas, logró «hacer la paz» entre nosotras. Cuando ella nos pidió que amistáramos, ninguna de las chicas pudimos resistir el amor de Dios que brotaba de su interior. Sus palabras llegaron a nuestro corazón con demostración del poder de Dios. Nunca olvidaré el buen ejemplo de aquella profesora, una mujer de Dios.

Maestro/a, cuide que en sus palabras y en sus acciones hable un mismo idioma. Nunca permita que de usted se diga: **«Lo que haces habla tan fuerte que no oigo lo que dices.»**

El triple propósito de la enseñanza

La enseñanza en la escuela dominical debe ser como una conversación por teléfono. Entre ambas partes –el maestro y el alumno– debe haber comunicación, para que el alumno vuelva a su casa satisfecho. No como el muchacho que dijo después de una clase: «El maestro no nos enseñó nada hoy; habló todo el tiempo.»

¿Qué dicen los alumnos de su enseñanza? ¿Participan activamente o les habla usted como si diera un discurso por radio? Para lograr buenos resultados es indispensable la comunicación mutua. El maestro que establece buen contacto con sus alumnos podrá ver realizados sus propósitos y cumplidas sus metas.

Como maestro cristiano, ¿cuál debe ser su principal propósito? ¡Ganar a sus alumnos para Cristo! Si no tiene esto en mente se está esforzando en vano. ¿De qué vale que llene las cabecitas de los niños con conocimiento de la historia sagrada, si sus corazones están lejos de Dios? Recuerde las palabras de Jesús:

*No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos
que se pierda uno de estos pequeños.*

–Mateo 18:14

Dios nuestro Salvador quiere que todos –esto incluye a los niños– sean salvos y conozcan la verdad (véase 1 Timoteo 2:4).

En su libro “Métodos de Enseñanza”, Luisa Jeter de Walker expone el triple propósito de la enseñanza.

- **Ganar** a los alumnos para Cristo.
- **Desarrollar** la vida espiritual de los alumnos.
- **Preparar** a los alumnos para la obra del Señor.

«Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10:17). Al enseñar, estimado maestro, usted colabora con el Espíritu Santo. Él ha venido al mundo para convencer de pecado (véase Juan 16:8); Él hace su obra cuando en los corazones se despierta la fe.

Vuelva hacia atrás en las páginas de la historia de su vida y recuerde cómo llegó a conocer al Señor. Fue como resultado directo de haber escuchado (o de haber leído) la Palabra de Dios, ¿no es así? Ese es el método que Dios ha escogido para que nos enteremos acerca de Él y de la salvación.

Al enseñar la Palabra de Dios usted coopera con el Espíritu Santo. Él obra a través del mensaje que usted entrega a los niños. Si es negligente y descuidado en la preparación de la lección, impedirá una obra fructífera en los niños; si lo hace minuciosamente, el Espíritu Santo tendrá una buena plataforma.

El nuevo nacimiento es la experiencia más importante en la vida de un individuo. «¿Qué provecho obtendrá un hombre si gana el mundo entero, pero pierde su alma?» (Mateo 16:26, BLA). Lógicamente, no podemos sentirnos satisfechos hasta que nuestros alumnos se conviertan a Cristo. Luego nos toca contribuir al crecimiento y desarrollo espiritual de los que decidan seguir a Cristo (véase 2 Pedro 3:18). Finalmente, debemos prepararlos para la obra del Señor. Nos toca enseñarles su responsabilidad cristiana, para que así como ellos han sido ganados para Cristo, sirvan al Señor ganando a otros.

Si usted sirve con fidelidad, verá como resultado una maravillosa reacción en cadena. Por ejemplo:

- Usted enseña a un niño la Palabra de Dios.
- Esa Palabra, despierta la fe en el corazón del oyente, el Espíritu Santo lo convence de que es pecador.
- El niño acepta la oferta de la salvación y entrega su vida a Jesús.
- Al recibir a Cristo, comienza a crecer y desarrollar en su nueva fe y, al poco tiempo, ese niño gana a otro niño.
- Ese niño ganado para Cristo gana a otro niño; ese niño gana a otro, el cual gana a otro...

¡Qué precioso resultado!

En mis primeros años como maestra de niños tuve entre otros alumnos un travieso y vivaracho muchacho. Con amor y dedicación le enseñé el camino de la vida eterna. Años más tarde, tuve el privilegio de trabajar junto con él en la tarea de evangelizar a los niños. ¡Qué alegría para una maestra!

De vez en cuando nos cansamos **en** la labor; sentimos agotamiento en la tarea. Pero le pido que no se canse **de** la labor. Si usted se propone cumplir el triple propósito de la enseñanza en su ministerio a los niños, el Señor lo recompensará con frutos visibles. No descansa tranquilo hasta haber ganado a sus alumnos para Cristo.

Capítulo 5

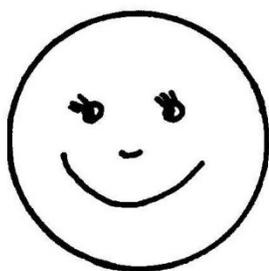
Cómo preparar una buena lección

*Tú, pues, que enseñas a otro,
¿no te enseñas a ti mismo? -Romanos 2:21*

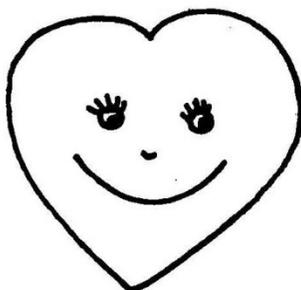
L

a buena preparación para dar una clase contiene tres fases básicas: *planificación, estudio, y oración*. Pero antes de entrar en detalles sobre estos aspectos, repasemos brevemente lo que queremos lograr con nuestra enseñanza.

Primeramente queremos impartir *conocimiento* al alumno. Luego deseamos que por medio del conocimiento adquirido el alumno tenga una *experiencia* personal con Dios. Después de esa experiencia, que denominamos salvación, esperamos que el alumno *actúe* sobre la base de su fe.



CONOCIMIENTO



EXPERIENCIA



ACCIÓN

Podríamos decir que la enseñanza primero va a la cabeza del alumno; de la cabeza pasa al corazón; y del corazón a las manos, es decir que el alumno se ponga activo en la obra del Señor.

Analicemos ahora las tres fases para la buena preparación de una lección:

Planificación

¿Qué significa esta palabra? Quiere decir «plan general para obtener un objetivo determinado». Digamos que a usted le toca enseñar un domingo por la mañana. ¿Tendría suficiente tiempo si empezara

la preparación el sábado por la noche? La respuesta es ¡no! Le faltarían horas para preparar su plan general de acción.

¡Comience a tiempo la preparación! Esta exhortación debería hacerse parte vital en la vida de cada maestro, puesto que algo de lo más frustrante es escuchar una lección mal preparada. Es imposible preparar una buena lección sólo algunas horas antes de presentarla. Como maestros, necesitamos planificar con tiempo lo que vamos a hacer.

Otro significado de la palabra *planificar* es «trazar los planes para la ejecución de una obra». Como maestros estamos al frente de la obra más grande del mundo; tenemos a nuestro cargo las preciosas joyas del Señor. Si en cualquier rama secular hay que trazar planes para la ejecución de una obra, cuánto más cuando se trata de valores eternos. Sin planificación no se logran resultados positivos.

¿Qué planificar y cuándo empezar? Primeramente, tiene que conocer el tema bíblico que le toca desarrollar. Necesita poner en orden los materiales que usará en la enseñanza y en el estudio, y tendrá que decidir la mejor manera de presentar ese tema a sus alumnos. Es lógico que no bastan algunas horas del sábado por la noche. Lo ideal es que empiece a prepararse con una semana de antelación.

Dentro de la planificación debe incluir las visitas que precisa hacer a sus alumnos. Hay niños que han dejado de asistir a la clase, otros tienen problemas en su hogar, algunos están enfermos; cada uno en particular tiene sus necesidades. Haga todo lo posible por visitarlos en casa. Con un buen plan, en cierto lapso de tiempo podrá visitar cada hogar representado en su clase.

Si todavía tiene poca experiencia, practique la presentación de la lección en su casa, preferiblemente frente a un espejo. Si gusta, salga al campo y dé la lección a las aves y las vacas. Así lo hizo un amigo mío que deseaba ser predicador. Hoy ha logrado sus sueños; pero ya dejó de predicarles a las vacas.

Si usted planifica bien la lección y comienza con tiempo la preparación podrá sentirse calmado y feliz al saludar a sus alumnos. Si no va bien preparado, de seguro se sentirá nervioso y no podrá desenvolverse como es debido.

El estudio comprende parte de la planificación. Veamos ahora esa segunda fase.

Estudio

Como maestro, usted es una persona que enseña, por lo cual es necesario que continuamente estudie. Para presentar una lección que edifique a los alumnos, hay que estudiar el tema de la misma. Usted no quisiera pararse ante sus alumnos, titubeando: «Eh... ah... uhm... este, a ver... veamos...»

Podría pasar así toda la hora de clase sin llegar a nada. ¡Qué vergüenza!

El maestro tiene que estudiar la Palabra de Dios. La Biblia es su gran libro de texto, pues de ella sacará las lecciones que presentará. A usted le toca enseñarles a los niños lo que la Biblia dice, y no lo que los hombres dicen de ella; por eso, ¡estúdiela personalmente!

Al leer la Palabra de Dios, el Espíritu Santo ilumina nuestra mente y nos enseña. Cada vez que abrimos las Escrituras descubrimos nuevas verdades. Tenga siempre a mano una libreta de apuntes y un lápiz. Vaya anotando las ideas y los pensamientos que el Espíritu Santo le traiga a la mente a medida que avance en la lectura.

Después de haber leído el tema en la Biblia, es hora de utilizar el manual, ¡nunca antes! Si usted se acostumbra a leer primero las instrucciones e ideas que se le ofrecen en el manual, no gozará la dicha de descubrir, por sí solo, verdades de la Palabra.

Estudie a fondo el pasaje bíblico para comprender el propósito de la lección, luego aprenda de memoria el texto que se sugiere para memorizar. La regla general del maestro cristiano es siempre la misma:

Aprendo, luego enseño.

No ampliaré más este punto, ya que lo tratamos en la lección tres. Sólo le recuerdo lo que Pablo le escribió a Timoteo: «*Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad*» (2 Timoteo 2:15).

Oración

Nunca se puede recalcar demasiado la importancia de la oración. Es parte vital de nuestra vida cristiana. Como alguien dijo:

Mucha oración, mucho poder.

Poca oración, poco poder.

Sin oración, no hay poder.

Orar no es solamente pedir; encierra mucho más: comunión, petición, agradecimiento, meditación, atención a lo que Dios quiere decirnos, intercesión. Antes que el maestro pueda hablarles a otros del Señor, Dios tiene que hablarle primero, lo cual Él hace en los momentos que pasamos leyendo la Palabra y orando. Al comunicarnos con Dios por este precioso medio, no sólo le hablamos a Él, sino permitimos que Él nos hable. ¡Bello secreto que cada maestro necesita descubrir!

El maestro cristiano necesita...

orar por sí mismo e interceder por sus compañeros maestros

pedir por las necesidades de cada alumno

orar por la lección que va a enseñar

Se cuenta de un pastor que le dijo a un constructor que, de rodillas, desmenuzaba piedras:

–¡Cómo quisiera poder quebrantar los corazones con la facilidad que usted rompe esas piedras!

A esto el constructor respondió:

–Quién sabe; tal vez usted no trabaja de rodillas.

¿El secreto para preparar una buena lección? ¡Trabaje de rodillas en la presencia de Dios!

«En la tarde, al amanecer y al mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz» (Salmos 55:17).

¡Qué hermoso ejemplo! El majestuoso Creador nos concede el privilegio de entrar en su presencia, y escucha nuestras peticiones y las contesta.

Capítulo 6

Las herramientas del buen maestro

¿Qué es eso que tienes en tu mano? -Éxodo 4:2

El carpintero tiene sierra, martillo y clavos.
La cocinera tiene olla y cucharón.
El sastre usa aguja y tijeras.
La enfermera tiene su jeringa.
¿Qué tiene usted?

Cuando Dios llamó a Moisés, dándole el encargo de ser el Libertador del pueblo de Israel, le preguntó: **«¿Qué es eso que tienes en tu mano?»**

Le hago extensiva la misma pregunta: ¿qué tiene en su mano? Es decir, ¿cuáles son sus posibilidades y talentos? Dios no le exige lo imposible, sino desea usarle de acuerdo a los dones que le ha dado; pero es necesario que los descubra y los use. ¡Ponga a disposición del Maestro lo que está a su alcance!

El problema de muchos maestros es que desean ser lo que no son. «Si yo tuviera el talento que tiene Fulana. . .» dice uno. «Si mi voz fuera como la de Zutano. . .» se excusa otro. «Cuando pueda exponer la lección tan bien como Mengano. . .» añade un tercero. Esa no es la manera de pensar para servir eficazmente. ¡Use lo que tiene para la gloria de Dios!

Ponga al servicio de Dios lo que tiene «en su mano». Descubramos juntos algunas buenas herramientas para hacerlo.

La Santa Biblia

«La palabra de Dios es viva y eficaz» (Hebreos 4:12).

Para el maestro cristiano no hay mejor herramienta que la Biblia. Si la lee fielmente podrá preparar buenos mensajes y recibirá fortaleza para su vida. Lo más triste es ver a maestros que llegan a la escuela dominical **sin** su Biblia. Es como ver a un soldado sin arma. Mi consejo para usted es que se empeñe en ser un maestro con la Biblia en la mano.

Por más de medio siglo el evangelista Billy Graham predicó la Palabra en cruzadas alrededor del mundo. ¿Cuál fue uno de los secretos de su buen éxito? Sus sencillas prédicas, en las que una y otra vez repetía: «la Biblia dice». Usted también puede lograr gran impacto en la vida de sus alumnos, si se profundiza en la Palabra y la usa como su primera y mejor herramienta.

La oración

Dijo Jesús: «*Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*» (Juan 16:24).

Aunque ya hemos tocado este importante punto, vuelvo a recalcarlo. Yo creo en el poder de la oración y he recibido innumerables respuestas a mis peticiones. Dios siempre ha escuchado y contestado mis oraciones, aunque a veces la respuesta no ha llegado del modo que yo esperaba. Sin embargo, cada respuesta ha sido la mejor para mí. ¿Sabe qué? Dios quiere obrar de la misma manera en su vida.

El diablo, padre de mentiras, susurra a nuestro oído que la oración no es importante. ¡Esa es la peor mentira! No preste oído a sus engaños, sino utilice la preciosa herramienta que Dios ha puesto a su alcance para llevar una vida abundante y victoriosa.

¿Qué sucedería si el carpintero dejara su martillo? ¿O si el sastre perdiera su tijera? ¿Podiera el carpintero martillar con la mano o el sastre cortar con los dedos? ¡Ridícula idea! Del mismo modo, un maestro que no usa la herramienta de la oración no puede llevar a cabo algo útil en el reino de Dios.

Buenos métodos de enseñanza

Guillermito imitó en su casa una hora de clase en la escuela dominical. Dijo así:

- Ahora vamos a cantar.
- Ahora vamos a cerrar los ojos.
- Ahora vamos a juntar las manos para orar.
- Ahora vamos a cantar.
- Ahora les voy a contar la historia bíblica.
- Ahora vamos a repetir nuestro versículo.
- Ahora todos pueden pintar sus dibujos.

¿Le da la impresión de ser una clase interesante? Por supuesto que no. Guillermito y sus amigos no pueden asistir a la iglesia con expectativa, ya que su maestro (o maestra) hace todo de rutina.

Para la honra y gloria del Señor debemos buscar los mejores métodos de enseñanza y aplicarlos en nuestra labor. En futuras lecciones le daré ideas para ayudarlo a salir de la rutina. Hay muchas maneras de amenizar la hora de clase; a usted le toca buscar el modo que más convenga para su personalidad.

Para tener buen éxito hay que dedicar esfuerzo y trabajo. Nunca es suficiente «dar una repasada» a la lección, sino que el mensaje tiene que cobrar «vida» en su interior, para que surta efecto en sus alumnos. Estudie detenidamente la vida de Jesús y vea los métodos de enseñanza que Él utilizó. Sin duda, se dará cuenta de cómo captó el interés y la admiración de la gente, tanto que hasta se olvidaban de comer.

Pizarra y tiza

Dije que debemos ser maestros con la Biblia en la mano. Cierto, pero en la otra mano debemos sostener una tiza. Con la Biblia en una mano y una tiza en la otra, usted puede asegurar el buen éxito. Es una herramienta sencilla y barata, pero ¡qué útil! Más adelante estudiaremos cómo aprende el alumno y usted se dará cuenta de lo importante que es todo aquello que utiliza el sentido de la vista.

En la pizarra se puede escribir textos completos o citas bíblicas, anotar pensamientos clave de la lección o hacer un sencillo dibujo ilustrativo. Hay mil y un usos que se le puede dar al pizarrón y la tiza.

Como advertencia, tenga la tiza a mano antes de la hora de clase, para no interrumpir la enseñanza por andar en busca de esa pequeña herramienta. Es peor todavía si usted envía a un alumno para que la busque.

Imaginación y fantasía

Mediante la imaginación el maestro puede formar imágenes en la mente y transmitir las a los niños; por supuesto, relacionadas al acontecer bíblico. Uno de mis diccionarios dice que la fantasía es la «facultad del alma de reproducir por medio de imágenes las cosas pasadas o remotas, de representar las ideales y de idealizar las reales».

Ambas habilidades serán de mucho provecho para el maestro en su afán de «vivir» las historias bíblicas y captar así el interés de los alumnos. Si usted como maestro no tiene mucha imaginación y fantasía, ¡los niños sí tienen dichas habilidades! Permita que ellos imaginen y dramaticen los relatos.

Estudie los usos y las costumbres de los tiempos bíblicos para poder imaginar mejor las circunstancias alrededor de cada pasaje.

Objetos y figuras ilustrativas

Las figuras y los objetos son herramientas muy útiles para ilustrar las lecciones. He notado que se capta el interés de chicos y grandes con objetos conocidos que ilustran las enseñanzas. Personalmente, no uso objetos difíciles de conseguir, sino simplemente cosas que tengo a mano: una flor, tijeras, un lápiz, una balanza, una escalera... ¡Cuántos objetos hay para ilustrar verdades de la Biblia!

Estas sugerencias son sólo algunas. No sea negligente en su labor, sino dedique el tiempo necesario para estudiar buenos métodos de enseñanza y prepare ilustraciones que den vida al mensaje. Le aseguro que valdrá la pena.

Cuando me hacen falta las ideas, se las pido al Señor. Él tiene las mejores ideas sobre cómo presentar cada mensaje y, al pedírselas, ¡me las da! Pida usted también que le dé las mejores ideas. Lea y practique lo que dice en Santiago 1:5-6 (NVI): *«Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie...»*

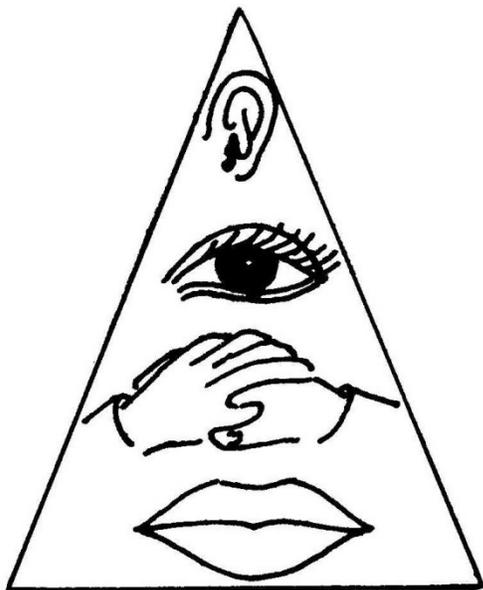
Capítulo 7

Cómo aprende el alumno

Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida. -1 Juan 1:1, NVI

H

ay cuatro puertas principales por las que el conocimiento ingresa a la mente: el oído, la vista, las manos, y los labios.



El alumno recuerda:

10% de lo que OYE

50% de lo que OYE Y VE

80% de lo que OYE, VE Y HACE

90% de lo que OYE, VE, HACE y DICE

Con estas referencias en mente, busquemos la manera más eficaz de enseñar, utilizando cuántas puertas sea posible para llegar a la mente y el corazón del niño. Recuerde que sólo cuando hay aprendizaje se puede decir que ha habido enseñanza.

EL OÍDO

Sabemos que la fe viene por el oír, por tanto es fundamental darle al alumno la oportunidad de ESCUCHAR la Palabra de Dios. Presente el mensaje bíblico de manera clara y sencilla para aprovechar esta puerta de entrada a la mente.

LA VISTA

Hay mil y una maneras de aprovechar esta puerta de entrada a la mente. Todo lo que pueda visualizar positivamente la enseñanza será de provecho.

En la lección anterior enfocamos el pizarrón y la tiza como una de las herramientas del buen maestro. Use el pizarrón para dibujar los personajes de la historia, para escribir los textos bíblicos o el bosquejo de la lección, y para actualizar la “frase clave” que usted elija para su enseñanza.

Veamos ahora otras excelentes ayudas visuales.

Franelógrafo. Este es un tablero cubierto de franela, al cual se pueden adherir figuras. Este método se ha usado desde hace muchísimos años y sigue captando el interés no sólo de niños sino también de adultos.

Láminas. Prepare su propia colección de láminas ilustrativas. Recorte figuras de revistas o almanaques y péguelas sobre cartulinas de color. Archívelas con sumo cuidado y tendrá siempre buenas ilustraciones a la mano.

Dibujos. Los dibujos alusivos a las lecciones ayudan al niño a entender mejor el acontecer bíblico. Si es aficionado al dibujo, prepare sus propias ilustraciones.

Mapas. Para los niños que ya entienden de geografía, esta es una magnífica puerta de entrada a la mente. Al conocer el lugar de los acontecimientos pueden captar mejor el relato bíblico. Si en su iglesia no hay una colección de mapas, dibújelos usted mismo en cartulina.

Objetos. Como ya mencioné en la lección anterior, tenemos a nuestro alrededor muchos objetos que sirven para ilustrar las lecciones. No pierda la oportunidad de tener siempre algo a la vista del alumno, por más sencillo que sea el objeto.

Personajes vivos. Me refiero a la dramatización. Los alumnos mismos pueden visualizar la clase, representando a los diversos personajes de la historia sagrada.

A modo de advertencia: no use siempre el mismo tipo de ayuda visual. Tampoco use demasiadas ayudas en una misma lección. Lo primero aburrirá al alumno, mientras que lo segundo lo confundirá. Varíe la manera de presentar las lecciones.

LAS MANOS Y LOS LABIOS

Puesto que el alumno recuerda gran parte de lo que hace y dice, es indispensable que participe activamente en la presentación de la clase. Como el niño por naturaleza es vivo e inquieto, ¡póngalo a trabajar por medio del aprendizaje!

He aquí, doce sugerencias de cómo el alumno puede participar en el desarrollo de la lección:

El alumno aprende cantando.

Como a los niños les encanta cantar, podemos usar este medio para fortalecer la enseñanza. Seleccione las canciones conforme al tema de la enseñanza, y, ¡a cantar con ellos! Si cantan con movimientos y ademanes, mejor, ya que éstos activan todo el cuerpo. Pero sea muy cuidadoso en seleccionar solamente las canciones con un mensaje positivo.

El alumno aprende memorizando

Junto con la lección es necesario enseñar a los niños un texto de la Biblia, algo que puedan repasar en casa. Atesorar la Palabra de Dios en nuestra memoria es como llenar un almacén con provisiones para el futuro. El Espíritu Santo solo puede hacernos recordar lo que hemos aprendido, por lo tanto, ¡manos a la obra en cuanto a la memorización!

«¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra» (Salmos 119:9).

El alumno aprende haciendo

Los trabajos manuales no tienen el propósito de entretener sino de fortalecer el aprendizaje. Bien relacionados al tema de la lección tienen gran valor educativo. Por ejemplo, los niños pueden hacer cuadros de pared con textos bíblicos.

El alumno aprende dibujando

Cuando el alumno hace dibujos del mensaje recibido, puede visualizar y recordar el texto sagrado. No ridiculice a nadie por su manera de dibujar; anime a sus «artistas».

El alumno aprende escribiendo

Anime a los niños de edad escolar a tener siempre consigo una libreta de apuntes. Después de cada lección, dícteles algunos puntos clave que ellos puedan anotar.

El alumno aprende preguntando

¡Cuidado con ser un maestro demasiado hablador! Permita la participación de sus alumnos por medio de las preguntas. Recuerde que la enseñanza generalmente despierta interrogantes. Sirven las preguntas que hace el alumno, tanto como las que hace el maestro.

El alumno aprende repasando

No hay que pasar por alto esta parte vital, pues es un buen medio para descubrir si el alumno está aprendiendo. Se puede repasar la lección por medio de preguntas y utilizando la dramatización.

Cuando yo era niña mi padre fue mi maestro. Cada semana él nos daba las figuras que había utilizado en la lección anterior para que nosotros, los niños, a modo de repaso, presentemos la historia. Esa experiencia me ha sido muy útil en mi ministerio de enseñanza.

El alumno aprende leyendo

El maestro cristiano que pueda enseñar a sus alumnos a amar la lectura de la Palabra de Dios ha realizado una gran obra. No descuide la participación de sus alumnos en esta parte. Lea con ellos el pasaje bíblico sugerido. Si es muy largo, elija algunos versículos clave.

No todos los niños tienen una Biblia propia, pero usted puede animarles a que trabajen y ahorren para que se compren una. Siempre habrá algunos recados que puedan hacer para conseguir dinero.

Si es posible, realice algunos concursos en los que puedan ganarse una Biblia o un Nuevo Testamento. Hable sobre esto con los líderes de la escuela dominical y vean qué tipo de programa pueden realizar.

Por medio de la lectura en alta voz, se utilizan tres puertas de entrada a la mente, y prácticamente, las cuatro puertas.

LA VISTA: el alumno ve lo que lee.

EL OÍDO: el alumno oye lo que lee.

LOS LABIOS: el alumno pronuncia las palabras.

LAS MANOS: el alumno sostiene la Biblia.

El alumno aprende dramatizando

Creo que esta es una manera agradable para los niños. Mayormente les gusta la actuación dramática, y especialmente si ellos mismos pueden representar a los diversos personajes bíblicos. Un proyecto a largo plazo sería que preparen un drama para presentarlo ante toda la iglesia.

El alumno aprende investigando

Este modo de aprendizaje sirve para todas las edades. Los niños de corta edad están siempre investigando y descubriendo algo nuevo. A los alumnos mayores se les puede dar proyectos de investigación. Si es posible, proporciónales algunos textos de lectura y pídales que ellos mismos preparen un escrito sobre cierto tema. Otra idea sería que usted y sus alumnos salgan a descubrir las maravillas de la naturaleza.

El alumno aprende cuestionando

Si vamos al diccionario, vemos que la palabra «cuestionar» significa discutir, controvertir un punto dudoso. Tal vez este tipo de aprendizaje se adecúa más a la juventud, pero con los niños mayores ya se puede entrar en polémica. No me refiero a la discusión negativa, sino positiva. Junto con los niños, usted puede examinar atentamente una materia.

Una manera de entrar en cuestionamiento es «equivocando la idea», en otras palabras, dando a los niños la idea errada, con el fin de que reaccionen y se den cuenta de la equivocación. Enseñe la historia tal como es, diga luego algo totalmente contrario a lo que ha enseñado y vea la reacción.

El alumno aprende imitando

Use este método de enseñanza más que nada entre los más pequeños. A ellos les gusta imitar a diferentes personajes bíblicos, haciendo lo que imaginamos que hacían.

Para los mayorcitos, la imitación debe ser en forma más concreta y real. Es necesario que practiquen en su vida diaria lo positivo que les enseñamos.

Que los niños imiten...

... ***la fe*** de Abraham.

... ***la obediencia*** de José.

... ***la mansedumbre*** de Moisés.

... ***el cariño*** de Rut.

... ***la buena disposición*** de Samuel.

... ***la valentía*** de David.

... ***la dedicación*** de Daniel.

... ***la vida santa*** de Jesucristo.

Estimado/a maestro/a: no descuide darles participación activa a sus alumnos al presentar la lección. El fruto de su esfuerzo no lo verá hoy, pero sí ¡mañana! Usted se gozará al ver que sus inquietos alumnos se han vuelto en hombres y mujeres dedicados al servicio de Dios. ¿Puede haber mejor recompensa?

Capítulo 8

Del corazón del maestro al corazón del alumno

Mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. –Isaías 55:11

E

El corazón del alumno es la tierra en la que nos toca sembrar la Palabra de Dios. No es una tarea fácil, pero tiene una promesa de recompensa. El mensaje será prosperado y producirá fruto.

Según la Parábola del Sembrador, en Marcos 4:1-20, hay diferentes tierras, que reciben de diverso modo la semilla. Algunos corazones son como la tierra dura junto al camino, donde la semilla no puede penetrar. Otros, son como la tierra entre pedregales, sin profundidad, donde el sol quema las pequeñas plantas que brotan. Otros, a su vez, son como la tierra donde crecen espinos que ahogan las plantas. Gracias a Dios, hay también corazones que son como la buena tierra, donde la semilla puede producir fruto en abundancia.

Para no desanimarnos en nuestra labor, es importante comprender esta parábola. No todos los niños reciben del mismo modo la palabra que sembramos, pero podemos orar para que la mayor parte de nuestra enseñanza caiga en buena tierra.

¿Cómo se debe presentar la Palabra para obtener los mejores resultados? Siga los siguientes consejos prácticos.

Aprenda el arte de narrar historias

El maestro cristiano debe afanarse en presentar siempre de modo atractivo la Palabra de Dios. La narración de historias es uno de esos medios que, bien usado, mantiene a los oyentes en suspenso, sin que deseen perder ni una sola palabra.

Así como el vendedor está convencido de su producto –PROBADO Y GARANTIZADO– y pone todo de su parte para venderlo, del mismo modo hace el narrador. Dice de manera atractiva lo que cree, y cree lo que dice.

El arte de narrar historias nunca ha perdido su valor, especialmente tratándose de historias bíblicas. La narración produce en la mente del niño una plataforma desde la cual puede obrar el Espíritu Santo. ¿No es justamente eso lo que deseamos lograr?

Estudie a continuación la estructura de una buena narración:

Introducción: sirve para despertar interés y unir los pensamientos de los alumnos. También se usa para introducir al personaje central de la historia y presentar el problema. Se puede hacer con preguntas, ademanes, ilustraciones, y objetos visuales. Debe ser variada.

Ejemplos:

(1) Hoy les voy a contar la historia de David y Goliat.

(2) Imaginemos un campo de batalla. Dos ejércitos luchan, el uno contra el otro. En uno de los bandos se halla un gigante, desafiando al enemigo. Los soldados tiemblan de miedo...

¿Cuál de las dos introducciones despertará más curiosidad en los alumnos? La respuesta es obvia, ¿verdad?

Desarrollo: debe incluir mucha acción. Se debe presentar en orden los acontecimientos, y deben ir edificándose uno sobre otro en dirección al CLÍMAX. Es bueno un fuerte conflicto que mantenga el interés en el desarrollo del problema.

Clímax: es el momento culminante, cuando se resuelve el problema de la narración. El maestro debe sentirlo en su propio ser, para poder comunicarlo a los alumnos. Cuánto más real sea para ellos, tanto mayor satisfacción obtendrán.

Ejemplos:

(1) Un expositor hablaba fervientemente de la importancia de entregar los diezmos al Señor. Llegando al clímax, exclamó: «Es buenísimo todo esto, pero yo no lo practico.»

(2) Otro expositor, hablando sobre el mismo tema, dijo: «Por experiencia propia, puedo testificar de la bendición que trae el entregar los diezmos al Señor. Desde que cumplo con ese deber, no tengo grandes problemas en mi negocio.»

¿Cuál de estos dos ejemplos hace el mayor impacto? Decida usted la respuesta.

Conclusión: es la parte más difícil; pero en sí, la de más importancia. Terminan los detalles de la historia y se aplica la verdad espiritual. Debe ser como una flecha que llegue directamente al corazón. ¡Corta, pero penetrante!

Para recalcar la importancia de la narración, fíjese en algunos de los efectos positivos que produce:

- Despierta la curiosidad
- Estimula la imaginación
- Provee material para el razonamiento
- Es alimento para la memoria
- Apela directamente a la conciencia

«Vivir» la historia es la mitad del éxito

Nuestra Biblia está repleta de historias para todos los tiempos y para cada edad. Juntamente con las historias tenemos al incomparable narrador, nuestro Señor Jesucristo. Cuando Él relataba sus parábolas, la gente se interesaba de tal modo que hasta se olvidaba de comer (véase Mateo 15:32-39).

La fuerza en las narraciones de Jesús radicaba en los ejemplos de la vida real que Él daba. Todos podían comprender lo que quería decir.

«Vivir» la historia significa identificarse con ella, de tal modo que uno sienta como si está en medio del acontecer que relata. No sólo el narrador, sino también el oyente, deben sentir que están participando del acontecimiento. Para ello hay que imaginar detalles como:

- colores y tamaños
- ruidos
- colores y sabores
- acciones

Use un lenguaje pintoresco y sencillo

Es de suma importancia usar palabras que los niños, según su edad, puedan comprender. Como nuestro propósito es presentar el evangelio lo más atractivo posible, tiene que ser con un vocabulario al alcance del grupo a quien enseñamos. Si los niños logran entender el mensaje, podrán ser «*compungidos de corazón*», como sucedió en el día de Pentecostés (Hechos 2:37-39).

Por regla general, explique las palabras complicadas. Otra buena norma es variar el tono de voz.

Por ejemplo:

Recio y despacio..... mandatos y autoridad

Recio y rápido..... noticias alarmantes, emociones fuertes

Suave y despacio..... cariño, tristeza

Suave y rápido..... secretos, cosas íntimas

Cómo enseñar nuevas verdades

Siempre enseñe nuevas verdades mediante verdades ya conocidas. Tome como norma comenzar a enseñar aquello que los alumnos ya saben, para luego seguir con aquello que no conocen. Jesús siguió esta regla. Para introducir verdades espirituales, Él hablaba de cosas comunes y conocidas.

- A la samaritana, que vino a sacar agua del pozo, le habló del agua de vida.
- Al pastor de ovejas, se presentó como Buen Pastor.
- Habló de las aves y las flores para enseñar sobre el cuidado de Dios para con nosotros.
- Hizo un milagro de multiplicación de panes para presentarse como el Pan de Vida.

Aprenda a usar una frase clave

Escoja una frase –un refrán, una oración o un texto bíblico– y úsela como «frase clave». Repítala varias veces en el transcurso de la lección para dar al alumno un punto de referencia en cuanto a lo que le está enseñando.

El énfasis de una verdad espiritual a través de toda la lección servirá como puerta abierta al Espíritu Santo. Se lo digo por experiencia, pues hay lecciones que escuché en mi juventud y aún no olvido, gracias a que el predicador usó una «frase clave».

La frase clave puede ser el título de la lección, el texto para memorizar, algo dicho por el personaje central, o un refrán alusivo.

No pierda la verdad central

No pierda la verdad central por exponer detalles. Al introducir en nuestra enseñanza detalles de valor secundario corremos el peligro de olvidar lo principal. Los detalles pueden ser de mucho interés, pero no olvidemos de dar prioridad al mensaje de salvación. Alguien lo expresó así:

«Lo importante no es que el alumno sepa la distancia entre Nazaret y Jerusalén, sino que sepa lo que separa de Dios su propio corazón. No vale nada saber la geografía de los viajes de San Pablo, si no se aprende a traer al propio extraviado corazón al Señor.»

Expulse de su clase el desorden

Si usted se presenta ante su clase bien preparado, no se le hará un problema mantener el orden. Si siente confianza en sí mismo y en lo que está haciendo, podrá mantener sus nervios bajo control; pero si ha descuidado la parte de la preparación, ¡cualquier incidente lo dejará frustrado!

En cierto momento quizá tenga ganas de dar un sacudón a sus alumnos; pero debe reflexionar si son ellos o usted que necesita ser sacudido.

Póngase en el lugar del alumno

¡Cuán importante es que el maestro se identifique con sus alumnos! Para llegar con el mensaje desde nuestro corazón al corazón de los niños, tenemos que pensar en lo que a ellos les interesa y averiguar cuáles son sus necesidades. De acuerdo a esa investigación, preparemos y presentemos la enseñanza.

Querido maestro: no olvide que hace algunos años usted fue pequeño, tal vez travieso e inquieto. Así, como alguien lo amó, ¡ame también a los niños!

Permita el diálogo

Cierta mañana, en la escuela dominical, una alumna no dejaba de zapatear. A la maestra le incomodó mucho esa actitud y reprendió a la niña. «Sólo quería que usted viera mis nuevos zapatos», dijo ella.

Dialogar es conversar. Muchos niños necesitan alguien con quien intercambiar ideas. A usted le toca ver la manera de introducir el diálogo en su clase.

Cuando la niña de los zapatos nuevos pudo intercambiar un par de palabras con su maestra, después se mantuvo quieta. Pida al Señor que le dé mucha sabiduría para ser prudente en este aspecto.

Siga la dirección del Espíritu Santo

Como maestro, usted es un instrumento en las manos de Dios. Si quiere llegar con el mensaje de su amor al corazón de sus alumnos, permita que el Espíritu Santo sea su guía. Sea muy sensible a la voz del Espíritu. No olvide que Él es quien convencerá a los oyentes de pecado, de justicia, y de juicio.

Reglas para mantener el orden

MEDIDAS PREVENTIVAS

- Mantenga a los alumnos ocupados e interesados.
- Dé oportunidad a los alumnos para que se expresen y participen.
- Evite las interrupciones.
- Desarrolle un programa ágil, variado, y preparado de antemano.
- Dé responsabilidades a los más activos.

MEDIDAS CORRECTIVAS

Úselas sólo como recurso extremo, y con el mayor disimulo, evitando en lo posible interrumpir el programa.

- Saque cualquier objeto que distraiga la atención.
- Guarde silencio, y no siga hasta que se restablezca el orden.
- Mire firmemente al culpable, aunque siga con el programa.
- Pida a un ayudante que se siente entre el grupo que hace desorden.
- Cambie a un niño de asiento.

LO QUE NUNCA DEBE HACER

- Castigar físicamente.
- Reprender por falta de atención: la culpa es suya porque no la supo mantener.
- Censurar a un alumno delante de otros, avergonzándolo.
- Hablar con enojo o irritación, pues pierde el dominio y el respeto.
- Hacer caso de los alumnos que quieren hacerse ver; ignórelos.
- Prometer o amenazar con aquello que no puede o que no tiene intención de cumplir, pues su palabra pierde toda autoridad.

(Fuente desconocida)

Capítulo 9

El alumno como individuo especial

Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. –Salmo 139:14

H

emos visto que los buenos métodos de enseñanza y la concienzuda preparación del maestro son de suma importancia para la presentación de una buena lección; pero si el maestro no conoce a sus alumnos, a pesar de cumplir con lo anterior, puede fallar.

Así como el pescador necesita saber las costumbres del pez que va a pescar, el maestro tiene que conocer a sus alumnos. Analizaremos ahora las características de los niños, tomando en cuenta que cada uno de ellos es una persona especial.

En su infinito amor Dios creó al hombre como individuo único. No hay dos personas iguales en el mundo, ni una que puede reemplazar a otra. Cada cual vino a esta tierra con una misión específica que cumplir. Al meditar en esta maravilla, David exclamó:

«Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien» (Salmo 139:14).

Al considerar a sus alumnos, recuerde que cada uno de ellos es un individuo pensador, que reacciona según las circunstancias y la capacidad que ha adquirido. Cada uno es diferente a los demás en...

- carácter
- experiencias
- apariencia
- habilidades
- gustos
- formación de hogar

Algunos niños son tímidos, otros son vivos y traviosos; unos son buenos, otros son malos. A usted le toca descubrir las características especiales de cada uno, para ofrecerles de modo efectivo el evangelio.

A continuación dejaremos que los niños mismos nos hablen sobre sus características singulares.

Párvulo

Tengo 2 ó 3 años de edad. Algunos me dicen chiquilín o pibe y piensan que no puedo absorber las enseñanzas; pero comprendo más de lo que puedo expresar.

- Estoy creciendo rápidamente, y tengo mucha energía.

- Disfruto de actividades en que uso mis músculos mayores.
- Tengo poco sentido de grupo y me centro en mí mismo.
- Aprendo mediante los juegos.
- Puedo mantener la atención sólo unos minutos.
- Me encanta aprender acerca de Jesús.

PARA EL MAESTRO DE PÁRVULOS: aproveche los juegos y los cantos para enseñar sencillas verdades acerca del amor de Jesús. Muestre a los niños cómo trabajar juntos, compartir, y esperar su turno. Recuerde que con repetición aprenden conceptos bíblicos.

Principiante

Tengo 4 ó 5 años de edad. Estoy desarrollándome y creciendo, y soy muy inquieto.

- Mis pensamientos circulan alrededor de mí mismo.
- Tengo buena imaginación y creo todo lo que me dicen.
- Soy imitador y fácil de impresionar.
- Mi memoria es corta y todavía tengo poco vocabulario.
- No me canso de escuchar una misma historia cien veces.
- Sólo puedo concentrarme unos tres minutos en una misma cosa.
- Me gusta oír acerca del amor de Jesús.

PARA EL MAESTRO DE PRINCIPIANTES: viendo que los niños son fáciles de influenciar, pesa sobre sus hombros la gran responsabilidad de guiarlos hacia el bien. Dé un buen ejemplo, para que los pequeños con gusto lo imiten.

Primario

Tengo de 6 a 8 años. Me parezco a un principiante, pero ya he ampliado mi vocabulario y tengo mayor capacidad para aprender. Soy muy curioso; todo lo quiero saber. Mi mamá dice que pregunto más de lo que mil sabios pueden contestar.

- Estoy formando normas e ideales para la vida.
- Soy sentimental y compasivo, y deseo que me tomen en cuenta.
- Sigo siendo inquieto, pero ya puedo concentrarme por más tiempo que un principiante.
- No pienso tanto en mí mismo, sino que me intereso también en los demás.
- Me encanta la dramatización de historias bíblicas.
- Me gustan los trabajos manuales sencillos y breves.

PARA EL MAESTRO DE PRIMARIOS: estimule la curiosidad de estos niños, y conteste con paciencia a sus preguntas. Sepa que la actitud que adopten hacia Dios y el prójimo durante estos años determinará en gran parte el rumbo de sus vidas.

Intermedio

Tengo de 9 a 12 años de edad y me considero importante entre los niños.

- Mi edad es la del culto a los héroes.
- Imito lo que más me impresiona, ya sea a un buen maestro o a un pistolero.
- Estoy formando hábitos estables.
- Soy preguntón y de excelente memoria.
- Me gusta la lectura.
- Tengo aversión al sexo opuesto.
- Muchos consideran que esta época es la más importante en mi vida.
- Puedo tomar una firme decisión de seguir a Cristo.
- Me gusta formar pandillas.

PARA EL MAESTRO DE INTERMEDIOS: en esta edad se ofrece la gran oportunidad de ganar a los alumnos para Cristo. Si el intermedio decide seguir al Señor, es probable que le sea fiel durante toda la vida. Ayúdele a formar hábitos estables, como: tener un tiempo devocional diario, asistir fielmente a la iglesia, testificar, pagar los diezmos, etc.

Adolescente

Tengo de 13 a 17 años de edad y me encuentro entre la niñez y la juventud. Estoy en la edad de transición, transformándome en adulto.

- No me comprendo a mí mismo, ni comprendo a los demás.
- Necesito ayuda, comprensión, simpatía, y paciencia de parte de mis padres y mis maestros.
- Soy independiente y no me gusta recibir consejos de los demás.
- No acepto como verdad todo lo que me dicen.
- Mi entusiasmo es único. Si me ayudan, puedo canalizar mis energías al servicio de Dios.

PARA EL MAESTRO DE ADOLESCENTES: los jovencitos de esta edad pondrán a prueba su paciencia; pero si usted es sabio, los tratará con amabilidad y cariño, mostrando fe y confianza en ellos. Se les presentan muchas tentaciones y dudas, por lo cual, necesitan respaldo en oración de su maestro.

Éstas son sólo unas sencillas descripciones de distintas etapas de la niñez y la adolescencia. El maestro debe estudiar a fondo las características de la edad de los alumnos a quienes enseña. Sugiero que busque ayuda en Internet o en libros de pedagogía que puede encontrar en una biblioteca.

A continuación hago una breve descripción del desarrollo físico, mental, social, y espiritual de los niños en las distintas edades.

2 y 3 años de edad

activo, descubridor, individualista, imitador

4 y 5 años de edad

juguetero, preguntón, juega con otros niños, crédulo

6 a 8 años de edad

movedizo y travieso, curioso, elige a sus amigos, observador

9 a 11 años de edad

creativo, analizador, muestra aversión al sexo opuesto, rinde culto

12 a 14 años de edad

está en transformación, es crítico, vuelve a la amistad entre sexos, duda y pregunta

15 a 17 años de edad

llega a la madurez, opina, se enamora, necesita estabilidad

Más que conocer estas características, es importante que el maestro conozca a cada alumno como individuo: su situación de hogar, su relación con Cristo, sus intereses, sus necesidades, y tanto más. Tenga un cuaderno en que anote información especial acerca de cada alumno. Luego use esa información para orar por los niños, hacer visitas a sus hogares, preparar las clases, etc. Cuanto más conozca a cada uno, mejor podrá ofrecerles la enseñanza y guía que necesitan.

Hoja de información

Sugerencias sobre lo que debe anotar en un cuaderno acerca de cada alumno.

Nombre / Sobrenombre

Dirección / Teléfono / Correo electrónico

Fecha de nacimiento

Nombres de los padres / Nombres de sus hermanos

Escuela y grado / Premios ganados

¿Ha aceptado a Cristo como su Salvador? / ¿Ha sido bautizado en agua? / ¿En el Espíritu Santo?

Frecuencia con que asiste a la iglesia. / ¿En qué actividades de la iglesia participa?

¿Es creyente su padre? / ¿Asiste a la iglesia? / ¿Es miembro?

¿Es creyente su madre? / ¿Asiste a la iglesia? / ¿Es miembro?

¿Cómo es el ambiente de hogar? / ¿Qué actividades de la clase le gustan más?

Necesidades o problemas personales / Otra información

Fechas de visitas hechas al hogar

Capítulo 10

Sirviendo como al Señor

Sirviendo de buena voluntad, COMO AL SEÑOR y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor. -Efesios 6:7,8

N

No cabe duda que la tarea de enseñar es agotadora, y vendrán momentos cuando se sentirá cansado y frustrado, tal vez con ganas de abandonar todo. En esos momentos, no se deje vencer por el desánimo, sino ¡siga adelante! Recuerde la preciosa promesa que tenemos en el libro de Daniel:

«Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (Daniel 12:3).

Sí, habrá días cuando nos cansaremos **en** la labor, pero, espero que no nos cansemos **de** la labor. Nuestro servicio no es en primer lugar a los hombres sino al Señor, y de Él recibiremos la recompensa.

Amigo/a maestro/a: sea muy paciente y compasivo en su tarea. ¿Quién sabe lo que puede llegar a ser ese chiquillo maleducado y desarreglado, que siempre pone a prueba sus nervios y su paciencia? Tal vez un Juan o un Pedro, o un gran apóstol Pablo. Trate a sus alumnos con cariño, pues del trato que les dé, dependerá en gran parte si han de seguir a Cristo.

No olvide que el propósito de la tarea que realiza es que sus alumnos rindan su vida a Cristo. Como ya he dicho, no se sienta satisfecho hasta lograrlo. Al ganar a un niño usted no gana solamente un alma, sino también una vida para el servicio cristiano.

Antes de finalizar esta plática, quiero orientarle en cuanto a los pasos que debe seguir para lograr el propósito de que Juan, Rosa, Pepito, María Elena, Antonio, y todos los demás alumnos conozcan personalmente al Señor Jesús.

Al repasar los puntos que le indicaré, recuerde que todo lo que haga debe ser como al Señor.

Cómo guiar a un niño a Cristo

1. ¿Qué significa ser cristiano?

Cuando Pablo presentó su defensa ante el rey Agripa, éste, después de escucharlo, dijo: *«Por poco me persuades a ser cristiano» (Hechos 26:28).*

Entregarse a Jesús y recibir la salvación que Él ofrece significa hacerse cristiano. Lo que deseamos lograr como maestros de la Palabra de Dios es persuadir a cada uno de nuestros alumnos a «hacerse cristiano». Seguidamente, veremos lo que esto significa.

UN CRISTIANO es un seguidor de Jesús.

UN CRISTIANO es aquel que pertenece a Cristo.

UN CRISTIANO es un hijo de Dios.

UN CRISTIANO es aquel que pone a Cristo primero en su vida.

UN CRISTIANO cree en Jesús y confía en Él.

UN CRISTIANO depende completamente de Cristo.

2. ¿Qué hay que saber para ser cristiano?

Primeramente, el niño (o la niña) que desee seguir a Jesús necesita saber que:

NO ES CRISTIANO porque sus padres lo son.

NO ES CRISTIANO porque asiste a la iglesia.

NO ES CRISTIANO porque trata de ser bueno.

NO ES CRISTIANO porque lee la Biblia y ora.

Seguidamente, necesita saber que está descarriado.

«Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:6).

DESCARRIARSE significa apartarse, extraviarse, alejarse, perderse, torcerse. Tanto los niños como los adultos estamos perdidos sin Cristo.

También, el niño necesita que se le muestra que NO TODOS están en camino al cielo. Nadie es lo suficientemente bueno como para llegar allá por cuenta propia.

«Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Romanos 3:23-24).

3. ¿Cuál es el camino de salvación?

La salvación es gratuita, un regalo de Dios, gracias a que Jesús murió en lugar nuestro en la cruz; murió, pero volvió a vivir.

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2:8).

A. El niño puede recibir a Cristo y el regalo de la salvación confiando en Jesús como su Salvador personal. *Juan 1:12; 3:16*

B. El niño puedo tener la seguridad de que es salvo. *Juan 3:36; 10:27,28; Romanos 8:16*

C. El niño tiene que confesar su fe en Cristo. En primer lugar, a usted como su maestro, a sus compañeros de clase, a su pastor, a sus padres, y a sus amigos. *Romanos 10:9-10; Mateo 10:32*

D. El niño necesita saber lo que Dios espera de él. Usted puede guiarle a conocer la voluntad de Dios para su vida. *Romanos 12:1-2; 1 Corintios 6:19-20*

Enseñe al niño que el Espíritu Santo que mora en él, le ayudará a saber lo que es bueno y lo que Dios espera que haga. *Juan 14:26*

El niño debe:

- **OBEDECER** a sus padres (Col 3:20)
- **TESTIFICAR** de su fe (Hch 1:8)
- **LEER** la Biblia y **ORAR** (1 Ti 2:1-5; 2 Ti 2:15)
- **AGRADAR** a Dios con su vida (1 Ti 4:12)

E. El niño necesita saber que constantemente precisa el perdón de Dios. Hágale notar que no puede tomar su vida en sus propias manos y vivir a su agrado. Como hijo de Dios tiene que complacer a su Padre celestial; pero si hace lo que a Dios desagrada (seguramente lo hará muchas veces), Jesús está dispuesto a perdonarlo. *1 Juan 1:7-9; 2:1-2; Proverbios 3:5-6*

4. ¿Qué método debemos usar?

- a. Ponerse de pie
- b. Levantar la mano
- c. Inclinar la cabeza

Hay que evitar estos métodos, porque los niños son mucho más sensibles a la presión emocional que los adultos. Si es posible, hable personalmente con ellos después de la clase.

El método que yo he practicado es de invitar a los niños a pasar al frente del salón a arrodillarse. Mientras oro por ellos y les doy consejos, pido a los demás que guarden reverencia.

Guíe al niño que manifieste el deseo de recibir al Señor conforme a los siguientes pasos:

Ayúdele a reconocer que es pecador, que se ha portado mal.

Sugíerale las palabras que debe decir para pedir perdón a Dios.

Ore en alta voz, dando gracias a Dios por otorgar salvación al niño.

Anímelo a expresar su agradecimiento a Dios por la salvación.

Explíquele que es nueva criatura, es decir, un bebé en la fe.

Enséñele cómo puede crecer y desarrollar en su vida cristiana.

Felicítelo por la decisión que ha tomado.

Dígale que cuente a otros acerca de su experiencia con Jesús.

Regocíjese con los ángeles del cielo porque una «ovejita» más está en los brazos del Buen Pastor.

Estimado/a maestro/a: gracias por haberme prestado atención hasta el final. Por ahora, sólo me queda desearle las ricas bendiciones de Dios en su labor. Aunque le parezca poca cosa lo que realiza, ¡sea fiel al Señor! Un día, Él le dirá:

«Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

